

Eugenio María de Hostos en el Bicentenario de la emancipación americana

Marcos Reyes Dávila
Catedrático de Lengua y Literatura
Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico

Resumen

Eugenio Hostos, uno de los más importantes próceres de la emancipación americana, nos encamina hacia lo que fue la apertura hacia un pensamiento antiimperialista que movió a diferentes figuras históricas en toda nuestra América. Una de sus principales preocupaciones fue la expansión norteamericana sobre los pueblos vecinos, entre ellos República Dominicana, Puerto Rico e incluso Hawái.

El proceso que este personaje realizó en nuestra América ha calado fuertemente en el pensamiento de muchos de los intelectuales que resienten las actuales relaciones que tienen con el país vecino Estados Unidos, lo que conlleva a una incompreensión por parte de algunos intelectuales del sur de nuestra América.

Palabras claves: antiimperialismo, emancipación, nuestra América, libertad.

1. Introducción

Desearía expresar en primer lugar, mi satisfacción de encontrarme aquí, participando en este coloquio conmemorativo del aniversario nonagésimo de *Repertorio Americano*. Y he de decir que, a todas luces, se trata de uno de los nonagenarios con mayor vitalidad que haya visto. *Repertorio Americano* se encontró entre las pocas revistas de impacto del mundo latinoamericano que pudimos invitar a participar en el simposio de revistas culturales puertorriqueñas que celebramos en Puerto Rico en febrero de 2005. De manera que nos alegra también pensar

que estamos aquí en amistosa retribución. El “Programa” sugiere que EXÉGESIS es una “revista paralela” de *Repertorio Americano*, honor que nos hacen. La brevedad del tiempo disponible me obliga a ser corto en las gratitudes y a acudir de inmediato al tema. Pero no puede quedar al margen, intocada, mencionar la imponderable fortuna que traen actividades como ésta, de manera imprevisible casi siempre. Ya me encontré en un libro de Mario Oliva con la noticia de que don Joaquín García Monge conoció de niño a José Martí. No cabe duda, pues, de la corrección del aserto que observa que las ideas crecen cuando las ponemos a andar.

2. Puerto Rico en el Bicentenario de la Emancipación Latinoamericana

La portada del último número de la revista EXÉGESIS lleva un grabado de Simón Bolívar. La alusión a Bolívar viene como resultado de un deseo nuestro de expresar adhesión a las celebraciones de la emancipación americana. Para cualquier latinoamericano, o nuestroamericano, esa adhesión no tendría, absolutamente, nada de particular, excepto —quizás— en el caso nuestro, pues EXÉGESIS es una publicación de la última colonia tradicional que resta en la América Latina.

La introducción que acabo de hacer nos lleva a dos líneas diferentes de desarrollo. Por un lado está la manera como Puerto Rico se inserta en la conmemoración de estas importantes epopeyas. La otra tiene que ver con el sujeto que representa una idea, y la relación entre la figura histórica y las fuerzas de cambio revolucionario de los pueblos.

He podido constatar, en mi experiencia en eventos de esta índole celebrados en diversos países nuestros, y al principio con franca sorpresa, que muchos de los participantes no comprenden nuestra incomodidad con la relación colonial que mantenemos con los Estados Unidos. En la propia sede de la Sociedad de Escritores de Chile, por ejemplo, en Perú, en Argentina, se inquiera sobre nuestra queja con una incomodidad que no alcanza a disimularse. Pienso que, acaso, aún quedan resabios muy fuertes, en todos nuestros países, de aquella nordomanía que hacía de los independentistas antillanos, de los mismos que tomaron armas contra Espa-

ña, anexionistas ortodoxos. La admiración por la pujanza económica europea y norteamericana, unida a la admiración ante las nuevas formas liberales de gobierno que proclamaron los derechos civiles y políticos ciudadanos y la elección a partir del sufragio del gobierno, causó trastornos por doquier en el establecimiento de las repúblicas que surgían del dominio colonial multicientenario y que dejaron en todos lados las estructuras coloniales casi intactas. Hemos oído en estas últimas semanas que los gobernantes se visten de indio, hablan la lengua de los indios, y proclaman la segunda independencia de las Américas como quiso José Martí. ¡Enhorabuena!

Como sabemos todos, una cosa es la realidad objetiva, y otra, muy otra, el discurso que la contempla y la explica. A lo largo del siglo XX tuvimos en Puerto Rico varios discursos dominantes, casi tan caprichosos y grotescos como el discurso colonial español o el norteamericano. Tras la invasión norteamericana de 1898, el gobierno federal estadounidense se vio en la dificultad de armonizar la ocupación colonial con una Constitución federal liberal incompatible con las dominaciones imperiales. No duró mucho el problema: la Corte Suprema fue poco a poco construyendo conceptos novedosos y contradictorios con el mismo desparpajo con el que Cantinflas sentencia aquello de que “lo más seguro es que quién sabe”. Con ello, esa misma Corte articuló un discurso propenso al dislate que les permitió a los liberales del Congreso sentirse cómodos con una situación que denunció como imperialista el propio Partido Demócrata pocos años antes.

La intención de dominio y de explotación se manifestó transparente desde el principio. Toda la legislación se acomodó de manera que Puerto Rico era un país extranjero para lo que fuera beneficioso para ellos, y territorio doméstico, para aquello que les fuera conveniente. Era como un estado federal, si quería tomar medidas para proteger la economía, de modo que nos fuera imposible proteger ninguna clase de industria propia ni establecer acuerdos comerciales con ningún otro país, ni utilizar barcos que no llevaran bandera norteamericana. La imposición de la ciudadanía norteamericana, repetidamente rechazada por la Cámara de representantes del pueblo de Puerto Rico, ciudadanía que, por otra parte, no puede ser renunciada por ningún puertorriqueño, llegó justo a tiempo para reclutar miles de puertorriqueños para combatir en la Primera Guerra Mundial. Durante medio siglo el imperio tuvo que enfrentar el dolor de cabeza de un poderoso movimiento nacionalista que puso en jaque al régimen en algunas ocasiones, particularmente en los pocos años que Pedro Albizu Campos pudo respirar fuera de las cárceles. El gobierno tenía al inglés como idioma oficial, y, asimismo, los tribunales y la enseñanza pública. Mas el pueblo resistió la imposición idiomática y cultural, y logró restaurar la enseñanza en el español vernáculo, en los tribunales y en el gobierno.

El discurso muñocista, por ejemplo, aquél que artículo Luis Muñoz Marín, primer gobernador electo en Puerto Rico y artífice principal de la ley que configura el llamado Estado Libre Asociado, tuvo que atenerse al tutelaje de la Marina de Guerra Norteamericana. La Marina mantuvo du-

rante casi todo el siglo control sobre todo el país y acceso directo a la oficina del gobernador. De ahí la enorme importancia histórica que tuvo la salida de la Marina de Vieques y de su complejo naval en Ceiba, hace pocos años. El discurso muñocista reclamó ante las Naciones Unidas, justo en la década de la descolonización del planeta, que Puerto Rico había alcanzado gobierno propio y una constitución. Lo que no reveló fue que la alegada Constitución fue revisada y enmendada por el Congreso Federal, ni que ninguna disposición de esa constitución podía contravenir o retar lo dispuesto en la Constitución y las leyes federales, y que los poderes alegadamente delegados a lo que llaman la “esfera o jurisdicción federal”, curiosamente son los poderes fundamentales en virtud de los cuales cualquier legislación congressional prevalece sobre la constitución y las leyes del país. De ese modo puede darse el dato curioso de que toda la estructura de telecomunicaciones esté en manos federales o en manos extranjeras. Un país atado de esta suerte por dentro y por fuera, a diestra y siniestra, por las leyes y reglamentos norteamericanos, y limitado a actuar sólo sobre lo accesorio, y aquello que no sea campo ocupado por la legislación federal y sus fuerzas de mercado, ¿es libre acaso? El fracaso de una economía que hoy día decrece más que la haitiana, el extendido consumo de drogas, la criminalidad, ¿es nuestro fracaso, o es el fracaso del imperio que todo lo controla en Puerto Rico?

Lamento verme obligado a ocupar parte de mi tiempo con estos asuntos. Pero ocurre que, como señalé al principio, repetidamente me he encontrado en el mundo intelectual en las capitales de nuestro sur

con colegas escritores que no comprenden mi incomodidad con los Estados Unidos.

Los principales próceres del siglo XIX en Cuba y Puerto Rico comprendieron el peligro que significaba para nuestros países el empuje expansivo norteamericano. Conocidísimas son las frases de Martí sobre vivir en las entrañas del monstruo, el minotauro americano, su intención de impedir con la independencia de Cuba la agresión norteamericana sobre la América Nuestra, toda, y hasta asegurar, según dice quizás hiperbólicamente, el balance del mundo. Ramón Emeterio Betances llegó a vivir la experiencia de la invasión norteamericana antes de que lo ocupase el sueño eterno. Eugenio María de Hostos sobrevivió cinco años a la invasión norteamericana de Puerto Rico, tiempo suficiente para vislumbrar el desarrollo del siglo XX, que intentó anticipar visionariamente en un conocido ensayo. Me detuve en Hostos desde que comencé a estudiarlo detenidamente hace unos 30 años, y en torno a su obra y su figura construí una ermita, no para venerarlo ciegamente, pero sí para consagrarle mi admiración rendida ante su genio, ante una trayectoria de lucha incesante y sin pausa, ante la forjación de un carácter de acero fundido sin quebranto a sus principios.

3. Hostos en el porvenir americano

Tuvo este Hostos su época de gloria. Gloria reñida e impugnada, como todas las glorias. Aunque nació en Puerto Rico en el 1839, sus restos descansan en el Panteón Nacional de los Héroes de la República Dominicana, con fuego eterno. Dicen que una cumbre de los Andes chilenos lleva su nombre. La Sociedad de Es-

tados Americanos lo proclamó en Lima, Perú, en el 1938, Ciudadano Eminente de América. Y un grupo de académicos de diversos países proclamó a Hostos, desde Londres, hace poco, como uno de los 50 maestros más grandes en toda la historia de la humanidad.

A mí me bastara, quizás, contemplar su nombre, en Buenos Aires, al frente de la primera locomotora que cruzó los Andes y unió, gracias a su sueño y a su empeño, a Mendoza con Santiago. Me bastara, quizás, oír que se le reconoce como fundador de la Sociología latinoamericana. Me bastara oírlo disfrutar de una fiesta de cholos, y de sirvientes indios y negros en una de esas travesías en barco en que viajaba en tercera y sobre cubierta. Me bastara su denuncia contra la explotación de los chinos, los inmigrantes y los trabajadores de las minas en Perú. Me bastara su defensa de la igualdad absoluta de los géneros y su disposición para crear un sistema mixto de enseñanza, con niños y niñas en el mismo salón, con el mismo currículo, con la misma clase. Me bastara su propuesta de crear los países unidos del sur, o ese mercado común latinoamericano que intentó instrumentar a través del ferrocarril trasandino, la navegación internacional de nuestros ríos, y un canal, en Panamá, completamente latinoamericano. Me bastara oírlo proclamar la necesidad de una enseñanza laica atada al desarrollo de las facultades del niño, y atenta a la educación científica, a la educación del carácter y de la voluntad. Me bastara leer cómo luchó toda su vida contra las pasiones absorbentes de su carácter, sondeó su comprensión del mundo síquico y desplegó un método de psicoanálisis. Más lo que

en verdad me seduce más en Hostos, también maestro de derecho constitucional, eticista, y geógrafo, es su devoción, irrefrenable, por la libertad.

La devoción por la libertad es la piedra angular de todo el pensamiento de Hostos y la clave de todo su trajinar abnegado sobre el reino de este mundo. A ella lo sacrificó todo, y ella define en él, en todo momento, su utopía y praxis. Tras llegar a España en el 1855, con dieciséis años a su haber, creyó posible y realizable una revolución política antimonárquica a la que se dedica al menos desde el 1863. Bayoán, el personaje principal de esa primera novela que recoge la “peregrinación” síquica de aquel en quien despierta la conciencia de un entorno saturado de opresiones e inequidades, es un alterego no sólo de sí mismo, sino del cacique indio que mató al primer español e inició, con su deicidio, la primera rebelión de indios en la conquista de América.

Aunque la lucha de Hostos por la libertad conforma una variedad de maneras y de concepciones, ello no significa inconstancia, sino adaptabilidad al cambio objetivo de las circunstancias, y desde luego, una creatividad que no sabe rendirse.

La primera de las formulaciones de su lucha por la libertad tuvo un carácter íntimo y moral. Hostos la buscó en sí mismo, con un denuedo ejemplar e inédito, al someterse a un auto examen constante. Creyó en las posibilidades de la literatura para cambiar la opinión pública, y escribe una novela política de pretensiones propagandísticas. Pero esa novela es a la vez denuncia política y exploración de la concien-

cia de sí mismo y de su entorno. De esa exploración emergerá una nueva voluntad de acción en el joven Hostos concebida como un imperativo moral, una definición de la relación colonial entre España y las Antillas, y una identificación del sujeto con el destino de sus islas. Esta es la época del “joven Hostos”, distraído estudiante en Madrid, que, poseído por las ideas del liberalismo político reniega del régimen monárquico. Hostos cree posible una revolución política liberal en España que reconozca como colonial su relación con las Antillas y la enmiende a la luz de sus concepciones. De este modo, una liberación política y ciudadana debería reivindicar los reclamos de soberanía de sus Antillas.

Si yo quisiera acabar con el régimen colonial en Puerto Rico intentando promover una revolución política en Estados Unidos, parecería absurdo. El caso es que la pretensión hostosiana no lo era. El cambio llegó, en efecto, y en corto tiempo. La Revolución Septembrina estableció una nueva situación política en el 1868 en España. Y el liderato político republicano tomó el poder. Con lo que no contó Hostos fue con que sus aliados políticos pretendieran una revolución en la península sin enmendar un ápice la dictadura colonial en ultramar. No encontró cómo transigir con esto, ni un sólo momento. Su indignación fue absoluta. Rompió con sus aliados inmediatamente y salió a buscar a Betances para promover una revolución armada contra España. Nunca regresó.

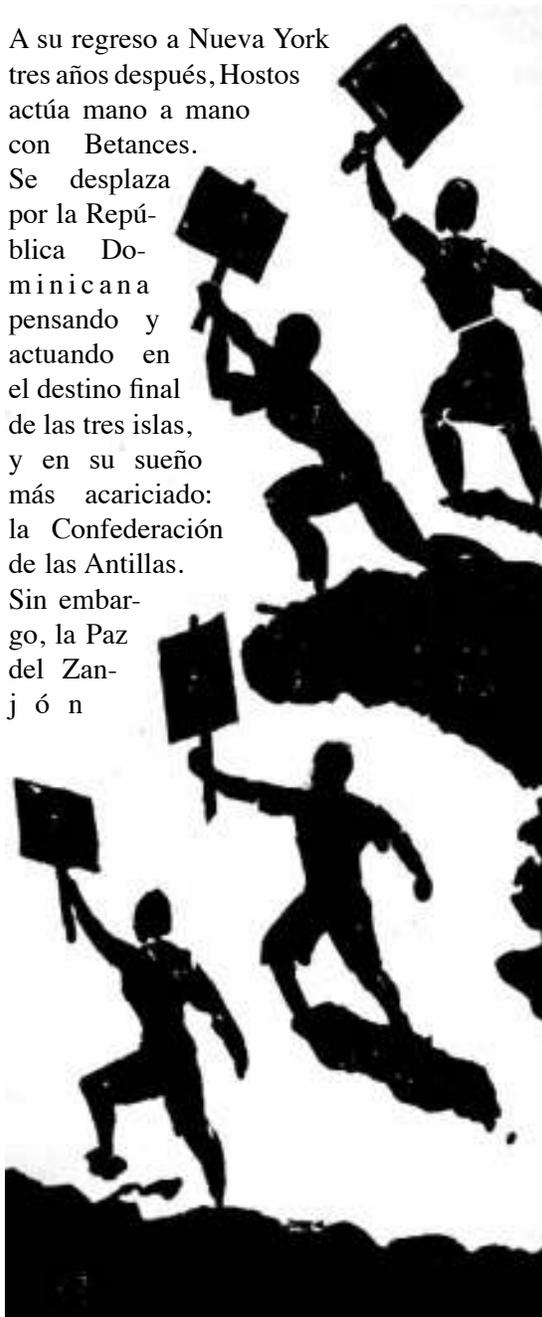
En Nueva York, Hostos rompió nuevamente con sus aliados naturales. Aunque allí una emigración nutrida se esforzaba por auxiliar la revolución armada iniciada

por Céspedes en Cuba, el liderato de esa emigración padecía de la anomalía de una enfermedad mortal: su confesado anexionismo. Betances no le confió a Hostos, en ese momento, sus planes ni sus ideas. Hostos veía la solución al problema de unas islas depauperadas, reprimidas e inermes en una Confederación de las Antillas. De modo que optó por otra ruta para auxiliar la lucha armada: intentar obtener el apoyo de los países del sur. Emprende entonces, inmediatamente otra vez, una larga travesía que lo llevará a Colombia, Panamá, Perú, Chile, Argentina, Brasil y Venezuela. No buscaba solamente más apoyo a la lucha que se desarrollaba en Cuba, y bajo la premisa de que por donde fuera Cuba iría después Puerto Rico: buscaba equilibrar con la intervención de los países nuestros la influencia, y la posible intervención, de los Estados Unidos. Y hablamos de 1870.

El viaje tuvo un efecto trascendental sobre él. Lo enfrentó, por entero, a Bolívar, por un lado, y por otro, llevado por la corriente irresistible de una curiosidad infatigable, a estudiar y conocer a profundidad los países que visitó. De modo que, de esa curiosidad que lo llevó a estudiar y recoger infinitos datos de toda índole y de cada región, saldrá el cúmulo informativo que le permitirá en su momento desarrollar la sociología. En esos años, inmediatos a su salida de España, Hostos contrasta sobre el terreno lo que fue la realidad colonial y la herencia nefasta del coloniaje. Tomado por completo por Bolívar, se identifica con los conceptos de la patria grande y de su destino. Tras su visita a Nueva York, el Hostos que llega a Panamá en 1870, es ya un anti imperialista alertado por la pujanza económica norteamericana y las irregula-

ridades del régimen liberal que allí observa. Al respecto de ello, son inequívocos, reiterados y transparentes los escritos de su cartera de viaje.

A su regreso a Nueva York tres años después, Hostos actúa mano a mano con Betances. Se desplaza por la República Dominicana pensando y actuando en el destino final de las tres islas, y en su sueño más acariciado: la Confederación de las Antillas. Sin embargo, la Paz del Zanjón



decapita su móvil. Tras una fugaz sumisión en el abismo de la desesperación, Hostos busca otra vía de acción revolucionaria. Dominicana se lo ofrece en bandeja de plata. Allí inicia las reformas en la educación del país hermano. Igual que lo hicieron, dentro de la cárcel, tantos revolucionarios del mundo, buscó educar al ejército de hombres libres que pudiera construir la patria antillana. Su acción fue riquísima, profunda y heroica. Tuvo que salir de dominicana a los diez años, sofocado por la dictadura que allí se arraiga, pero la continua en Chile. No obstante, al asentamiento prolongado le sobreviene un inesperado renacer: Martí reinicia la guerra en Cuba. Y Hostos vuelve a la carga desde Chile. El desarrollo de los sucesos lo alarma, mas su esposa Belinda accede a que renuncie a todo en Chile para ir a intentar modificar el destino previsible de sus islas. Hostos teme que Estados Unidos ocupe las islas... permanentemente. Le choca pensarlo: ve contrastante con el espíritu del país, y con su constitución, la conquista de pueblos por el adalid mundial de la política republicana y de la democracia. Pero Hostos ha visto desde hace décadas cómo se alimentan las pretensiones imperialistas en el norte.

Consumada la ocupación, Hostos se reinventa otra vez. Ni apela a las armas, ni apela a las estructuras políticas coloniales, incluido el liderato político autonomista. Reinicia esta vez su lucha por la libertad apelando y procurando despertar, en cambio, la fuerza de los poderes civiles. En Estados Unidos, Hostos acude a las antiguas organizaciones revolucionarias de la emigración para dar por terminados sus trabajos, y para constituir los nuevos ins-

trumentos necesarios en esta nueva etapa. Me refiero, fundamentalmente, a la Liga de Patriotas. Sin embargo, en Puerto Rico, Hostos acude directamente al pueblo, a las asambleas y a los municipios. El Hostos que regresó en el 1898 mantiene la misma devoción por la libertad y el compromiso infatigable, delineados y definidos en su *(El) Programa de los Independientes*. El texto de 1876, que José Martí consideró nuestro catecismo de democracia, enumera y desarrolla los principios que regirán la construcción de países libres una vez ganada la independencia.

La estrategia de Hostos en el 1898 es inaudita. Cabe sugerir que se anticipa por más de medio siglo a los tiempos de esa política planetaria que intenta arbitrar los conflictos internacionales a través de los principios del derecho internacional. Dos caminos de acción emprende Hostos: por un lado, apelar a las fuerzas políticas vivas en Estados Unidos —a través de la prensa, del Congreso, y de los comités de trabajo con las autoridades ejecutivas— para recordarles una y otra vez los dictados de su propia constitución y los principios de la república federal que representan, y, por otro, enseñarle al pueblo de Puerto Rico los derechos que los amparan en la nueva situación de hecho, para promover y convencerles de reclamar el derecho a ser consultados, esto es, el derecho a plebiscito. Que se entienda claro el dato imperial: nunca, nunca, en 111 años, los Estados Unidos ha celebrado un plebiscito en Puerto Rico. Una vez se convence Hostos del derrotero imperialista que seguirá en Puerto Rico el gobierno norteamericano, hace sus maletas y regresa a reemprender su tarea educativa en los

campos dominicanos. Trabajando muere en el 1903. Mas su genio arde aún por el Caribe. Las ideas de Hostos constituyeron la base estratégica que logró la salida de la Marina de Guerra de Vieques y de la base naval más grande del imperio fuera de su territorio nacional. Su apotegma de 1876, que afirma que “la libertad es un modo absolutamente indispensable de vivir”, no tiene muerte.

4. Puerto Rico en el derrotero latinoamericano

El derrotero de Puerto Rico a lo largo del siglo XX pudiera resumirse por la acción de los siguientes factores: la imposición de la ciudadanía norteamericana en el 1917, el intento de desplazar, arrinconar y asimilar la identidad cultural puertorriqueña como le ocurrió al pueblo de Hawaïi, la derrota que sufrió el imperio dado el auge nacionalista de la primera mitad del siglo, el engaño del régimen autonómico del Estado Libre Asociado, la crisis acrecentada en la segunda mitad del siglo tras la derrota de los modelos económicos coloniales, el auge de la corrupción y la conversión a un sistema de gobierno bipartidista y asimilista. El Partido Nuevo Progresista, propulsor de la incorporación del país a Estados Unidos, alcanza el poder colonial por primera vez en el 1968. Hoy, como en otras ocasiones en estos últimos 40 años, lo está nuevamente. Como en todas las ocasiones anteriores, su política neoliberal y asimilista protege el capital foráneo, promueve la dependencia económica de las familias, y desampara absolutamente las instituciones y las expresiones culturales que afirman el país. Oficialmente, el gobierno ignora olímpicamente el hemis-

ferio sur y el propio Caribe de su entorno, y se desentiende totalmente de estas celebraciones. No le importa que Estados Unidos vete nuestro ingreso a la UNESCO. El país no sólo es vasallo del Departamento de Estado y del Congreso federal: se nos quiere convencer de que somos ya una nación nómada, a la deriva, y desterritorializada, porque alegadamente más de la mitad de los boricuas vive en el exilio, y de que somos, ya, además, una nación escindida porque gran parte de esa diáspora tiene al inglés como vernáculo. Sufrimos, finalmente, del mismo espanto que vive esa gran porción del mundo dominada por la política neoliberal que ve cómo la estructura social se retrotrae a la morfología de un neofeudalismo.

Es dentro del ámbito de estas fuerzas desintegradoras que trabajamos los que creemos en el país, abominamos de la dependencia, y reclamamos la soberanía y la identidad nacional puertorriqueñas. Y no son poca cosa estas fuerzas que nos mantienen viviendo al margen de nosotros mismos, paralizados, inermes. Manuel Zeno Gandía, importante novelista nuestro, comparó al país a fines del siglo XIX con una *charca* de aguas estancadas y putrefactas. Es por ello que cuando un oficial de aduanas de Brasil le pregunta a Hostos por su nacionalidad, responde que no tiene: que está haciéndola. Y suyo es también el aserto terrible, pero no menos cierto, de que “Puerto Rico es el cadáver de un país que no ha nacido”. Expuesto todo lo anterior, creo que no es difícil inferir, me parece, la importancia que tiene para muchos de nosotros tocar la campaña que le recuerde a los países hermanos, en estas fiestas de la libertad bicentenario,

que aún estamos aquí los puertorriqueños, y que mientras aquí estemos, aunque le incomode a algunos, la agenda de Bolívar no ha terminado.

5. Un corolario necesario

Hablamos de Bolívar y hablamos de Hostos porque son figuras individuales que encarnan conceptos, porque representan fuerzas fundamentales de la historia, y porque la acción personal de algunas figuras históricas se constituye a veces en el factor determinante, *sine qua non*, de los acontecimientos históricos y de la manera como ocurren los eventos. Yo me eduqué en los años setenta en una universidad que desvirtuaba la historia construida y narrada a partir de figuras para privilegiar el trasfondo, la masa, la acción concreta, y aparentemente impersonal, de los factores económicos, y tras de ello, aquello que llamaban la intrahistoria. Esa versión de la historia proclamaba que el desarrollo de la historia humana ocurría, paradójicamente, de forma independientemente de los sujetos, de manera que no había figuras imprescindibles. Muchos hemos visto después que eso no podía ser del todo cierto. ¿O es que podemos asegurar, digamos, que la historia rusa del siglo XX hubiera ocurrido comparativamente semejante sin Lenin, Stalin y Trostky? Yo creo que no. Con Bolívar me ocurre otro tanto. En el caso de Cuba, ¿qué habría sido sin Martí y sin Fidel? Ciñéndonos a un entorno inmediato, ¿qué habría sido de la historia de *Repertorio Americano* sin Joaquín García Monge? ¿No le dio García Monge a *Repertorio Americano* las señas de su identidad? ¿Habría sido esta revista lo que fue y es? ¿Habría sobrevivido 90 años? ¿Habría

merecido *Repertorio Americano* un coloquio como éste?

En Puerto Rico hemos visto revistas, periódicos de importancia protagónica, instituciones culturales, políticas, deportivas, sociales, crecer al mando de algún personaje diestro o siniestro, y desaparecer tras la salida del mismo. Y cuando sobreviven, como es el caso de *Repertorio Americano*, es necesario hablar de nuevas etapas, o de nuevas épocas. La Revista EXÉGESIS la fundó un cubano de nombre Andrés Candelario. Pero la revista que fundó se amparó desde antes de nacer, en una Junta Editora que se autorreglamentó, y se convirtió de esta suerte en la clave de sus veintitrés años. EXÉGESIS sirve a la facultad del recinto de Humacao de la Universidad de Puerto Rico, pero sus señas de identidad están definidas por esa Junta Editora que he tenido el gusto de presidir por veinte años. Es tribuna libre para el debate de ideas, la investigación, la creación, pero mantiene una línea de pensamiento enfocada en principios que comparten los miembros de su Junta. No por casualidad tres de sus miembros han ocupado la Cátedra Hostos, fundada en el 1989, y su director, además, es un ex director del Instituto de Estudios Hostosianos. Y Hostos, como ya saben ustedes, buscó siempre —como colombiano en Colombia, chileno en Chile, argentino en Argentina, paraguayo, gaucho, inca, roto, negro, cholo o huaso— la unidad latinoamericana.

Como Hostos, somos discípulos de una utopía bicentenaria. Pero esa utopía no es nunca sueño complacido, sino desvelo ardiente, proyecto, y sobre todo, fragua. Nos enseñó Hostos que no hay derrotas ni

victorias, últimas y finales. Y que la vida, toda, es lucha. Repetidamente se quejó Hostos de haber “llegado muy temprano”, según dijo, literalmente. Nos consuela pensar que quizás estemos viviendo hoy los días que para él fueron madrugada.

Las revistas culturales son instrumento precoz del diálogo intelectual. Quizás pueda decirse que *Repertorio Americano* fuer antes de nacer “Vida”, “Verdad” o

“Siembra”: o siembra de vida y de verdad. La siembra es, siempre, una apuesta optimista al porvenir. El porvenir en *el reino de este mundo* nunca tiene, sin embargo, seguro desembarco. Todo en él depende de nuestro esfuerzo. La cosecha de vida y de verdad en el repertorio americano es la lección de la necesidad de sembrar para el porvenir los instrumentos de trabajo de las generaciones sucesivas. En eso, creo, estamos todos.